

DE LOS SISTEMAS DE ESCRITURA A LA CALIGRAFÍA

El origen de la escritura no cuenta con el reconocimiento de una fecha específica de creación; sin embargo, como se señaló en el capítulo anterior, los antecedentes de la escritura sí son claros y se hallan en las primeras expresiones rupestres. Para Meggs (2012), la relación entre escritura e imagen se hizo más clara cuando se identificó la estrecha relación que se da entre el trazo de los signos de escritura y el dibujo de imágenes.

Inicialmente, un signo, un dibujo, representaba la palabra a la que se refería; por ejemplo, “el dibujo de un toro representaba un toro, con independencia de su pronunciación. Ser capaz de escribir —de documentar el discurso— significaba conocer los millares de marcas que representaban todas las cosas del mundo conocido” (Kane, 2012, p. 16). Esto no favorecía la practicidad en el ejercicio lector o interpretativo.

En la historia, el reconocimiento que se otorga al territorio fundado entre los ríos Tigris y Éufrates no es gratuito, efectivamente, bajo el dominio de la religión y en cabeza de los sacerdotes y escribas se empezó a controlar la economía del rey, del pueblo. Señala Meggs (2012) que el origen de la escritura surge posiblemente con la invasión, conquista y nacimiento de la civilización mesopotámica. Al parecer, surge por la necesidad de llevar registros; es decir, se buscaba ayudar a la memoria humana a conservar la información.

Sin embargo, también se afirma que el origen de la escritura obedeció a un interés comercial, por supuesto, también, con fines de organización alrededor de los sacos o recipientes que almacenaban alimentos. De ahí que “los registros escritos más antiguos son las tablillas de la ciudad de Uruk, en las que aparentemente se encuentran listados artículos de consumo por medio de dibujos pictográficos de objetos, acompañados de números y nombres de personas” (Meggs, 2012, p. 19). El soporte fue la arcilla, una tablilla trabajada en este material proporcionaba la base para la escritura, y los signos se hacían con un estilete. Este sistema se reconoce como *pictográfico*, pero recibió también el nombre de *cuneiforme*, el cual evolucionó al jeroglífico. Con este “los dibujos se convirtieron en fonogramas, o símbolos gráficos para los sonidos” (p. 21) y el sistema llegó a involucrar más de 550 signos. Estas afirmaciones permiten reconocer el funcionamiento de estos grupos de signos como códigos, aunque no por el momento de sistemas alfabéticos.

Sería hacia el año 3100 a. C., cuando los egipcios instauraron su escritura jeroglífica o escritura sagrada, que incluía tres versiones: egipcia, hierática y demótica, cada una con usos específicos. Este sistema suponía que al encontrar palabras difíciles de expresar se creara una manera de hacerlo más sencillo y, por lo mismo, representaron sonidos con imágenes y eligieron un símbolo para cada uno. A un alto número, de los cerca de 700 jeroglíficos, se les conoce como *palabras-dibujo* (Meggs, 2012).

Por su parte, el sistema de escritura chino se reconoce como un arte visual; según los historiadores, “Ts-ang Chieh inventó la caligrafía alrededor del año 1800 a. C., inspirado en las marcas de las garras de las aves y en las huellas de los animales” (Meggs, 2012, p. 36). Una característica esencial es que su diseño es abstracto y aunque nació siendo pictográfico, cuenta con un componente logográfico, que logra que un signo represente una palabra completa. Su extensión llegó a los 44 mil signos. Hoy en día, consecuencia más cerca del alfabeto fenicio, griego y romano, tenemos un sistema alfabético económico y de suprema versatilidad, pues menos de treinta caracteres son suficientes para establecer un sinnúmero de combinaciones y con ello procesos comunicativos en distintas lenguas.

Estos ejemplos bastan para comprender que un conjunto de signos —en una acepción genérica— o caracteres —atendiendo el contexto que nos convoca—, creado bajo fines comunicativos y con características plásticas en común, es una definición de sistema y, por consiguiente, dada su función, también es un código. Esta intención plástica se refleja en los ejercicios que se muestran en las figuras 4 y 5.

Así, entonces, conocer la historia de los sistemas de escritura y, al hilar fino, comprender que nacen con un referente del dibujo y, este, de la vida cotidiana del ser humano, favorece las reflexiones acerca de la articulación permanente entre diseño y sociedad, permite hacerse consciente de la evolución del ser humano y las formas de comunicación, y aterriza la concepción de alfabeto para la creación y uso tipográfico (como lo muestran las figuras 6-8).



Figura 4. Ejercicio caligráfico-cromático colectivo, 2018. Fuente: archivo de clase docente Natalia Pérez Peña.

Figura 5. Ejercicio caligráfico-cromático colectivo, 2018.
Fuente: archivo de clase docente Natalia Pérez Peña.



Figuras 6 (arriba), 7 (arriba derecha) y 8 (abajo derecha). Ejercicio caligráfico a partir de refranes populares. 2017.
Fuente: archivo de clase docente Natalia Pérez Peña.



